

Cuentos reunidos

Cuentos reunidos

Javier Vásquez



USFQ PRESS

Universidad San Francisco de Quito

Campus Cumbayá USFQ, Quito 170901, Ecuador. <http://usfqpress.usfq.edu.ec/>

USFQ PRESS es un departamento de la Universidad San Francisco de Quito USFQ que fomenta la misión de la Universidad al diseminar el conocimiento para formar, educar, investigar y servir a la comunidad dentro de la filosofía de las Artes Liberales.

Cuentos reunidos

Javier Vásquez Barba

Producción editorial: María José Valencia

Edición general: Yanko Molina

Diseño y diagramación: Andrés Anrrango

Diseño de portada: Juan Fernando Villacís (Estudio 9)

Fotografía de portada: Judy Bustamante

Bibliografía de los relatos: Sandra Araya.

Revisión ortotipográfica: Andrés Cadena (La Caracola Editores) y Raúl Pacheco

© Javier Vásquez, 2018

© Universidad San Francisco de Quito USFQ

Del prólogo:

© Pedro Ángel Palou, 2018

© Universidad San Francisco de Quito USFQ

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Registro de Autor:

ISBN: 1era Edición,

Tiraje: 1000

Impreso en Ecuador por – Printed in Ecuador

Más información disponible en: <http://libros.usfq.edu.ec/>

Catalogación en la Fuente

El uso de nombres descriptivos generales, nombres comerciales, marcas registradas, etc. en esta publicación no implica, incluso en ausencia de una declaración específica, que estos nombres están exentos de las leyes y reglamentos de protección pertinentes y, por tanto, libres para su uso general. La información presentada en este libro es de entera responsabilidad de sus autores. La Editorial USFQ presume que la información es verdadera y exacta a la fecha de publicación. Ni la Editorial, ni los autores dan una garantía, expresa o implícita, con respecto a los materiales contenidos en este documento ni de los errores u omisiones que se hayan podido realizar.

Índice

Prólogo	9
Invitados de honor	17
Thecla teresina	19
Madame	39
Billy	55
El enlace	79
El baúl de Lowell.....	89
Corrupción o la fama de un poeta	109
Un extraño en el puerto	139
Café Concert	141
Un resplandor en la ventana	157
Un extraño en el puerto	173
El hombre de la mirada oblicua	195
El jockey y el mar	197
El diagnóstico	209
El hombre de la mirada oblicua	221
Crónica de la sangre.	249
La visita inesperada	271
La carta inconclusa	279
Ciudad lejana	297
Eva, la luna y la ciudad	301
El caballero de San Juan	321
Historia secreta de una campanilla	331
Cristo Rey	341
La marquesa	351
Mamá linda	359
Recuerdos en el fondo de un espejo	367

Sor Juana Rosa	373
Roldán el misterioso	381
Angelote, amor mío	397

Prólogo

Pedro Ángel Palou

Javier Vásconez abre su novela *Hoteles del silencio* invocando el poema de Charles Simic, *Hotel Insomnia*. La soledad, el gusto por vivir en un agujero tan sucio y negro que impide contemplar el rostro en el espejo. La gitana que va a orinar después de una noche de amor antes de ir a su maltrecho estanco de la esquina. Una sola vez, el sollozo de un recién nacido. El poeta también solloza. El llanto, como el dolor, es contenido. Esa continencia del sentimiento es el núcleo de la poética entera de Vásconez, su centro. El *factor* Vásconez, si se me permite, radicará en aprender a contar el abismo más profundo sin melodrama, sin sentimentalidad, como si la prosa fuera un profundo dique. Porque solo en el augusto dolor de sus personajes es más fácil contemplar la más profunda de las derrotas.

El libro que el lector tiene en sus manos, *Cuentos reunidos*, es una generosa muestra del factor Vásconez, desde sus orígenes. El autor, con malicia, ha urdido un truco: leemos los cuentos del libro desde el más reciente (el prodigioso «Thecla teresina»), hasta el primigenio («Angelote, amor mío»). En lugar de una *evolución*, pareciera que vamos al centro de la semilla. Pero lo que contemplamos no es una involución, sino el estupor de los orígenes de todas las obsesiones que se encuentran lo mismo en la más reciente pieza que en las iniciales. Somos más felices porque somos más sabios y porque conocemos mejor el alma humana gracias a ciertos autores. Soy más feliz gracias a Dickens, por ejemplo. Dickens vino a América, y no le gustó nada, acaso. He llorado y reído con Dickens, con sus abogados terribles, con todos los que abusan de los niños, que son legión en sus novelas. He sufrido y amado y me he reconciliado con la vida. Como sabía Borges, para quien «las unidades dickensianas, sus elementos básicos, no son

las historias, sino los personajes que afectan las historias —o con más frecuencia aún, los personajes que no afectan las historias»; es el protagonista el que inventa a todos los personajes secundarios. Porque Dickens hace un *casting* maravilloso cuando puebla los mundos de sus libros. Siempre que leo a Dickens me siento dentro de un grabado de Piranesi, dentro de un laberinto, una prisión y un espejo. Y en el caso de Vásconez, todo lo mueven los personajes. Vásconez retuerce el apotegma de Stevenson: en él es la acción la que está supeditada al personaje. Los personajes menores de Dickens a los que se refiere Borges se parecen a los personajes menores de Vásconez, porque determinan el curso de sus historias.

Los personajes de Javier Vásconez, como los de Dickens, vienen de un libro a otro. Porque quizá la sabiduría de su autor consiste en decirnos que el narrador es una médium, que los saca de la vida y no de los libros. Esta distinción es fundamental si queremos penetrar seriamente en la obra del ecuatoriano: una literatura que se ejercita en el afán de conocimiento pero reviviendo en sus páginas las pasiones de la vida. En las páginas de este libro de cuentos viajan a ese país andino —que es una línea imaginaria— lo mismo Faulkner que Joseph Conrad (y sus heterónimos), y aparecen una redibujada Colette, con su propia casa de citas, o Nabokov. Se presenta el infatigable doctor Kronz que hace las veces de detective, descubriendo las enfermedades de su ciudad adoptiva, además de las de sus habitantes, como en el excepcional cuento «El baúl de Lowell». Los personajes viven en hoteles (el Majestic, el Viena, el Manhattan) o en casas abandonadas por el tiempo pertenecientes a antiguas familias destruidas por el capitalismo o la locura. Están siempre fuera de lugar. Son desplazados. La poética de Vásconez es la poética del desplazamiento. ¿Cómo lo entiende alguien para quien la nostalgia, forma suprema del melodrama, sería inadmisibile? Ya hablamos del *factor* Vásconez: encontrar la forma del dolor sin ninguna concesión al sentimentalismo.

Otra vez Dickens. Decía que la Caperucita Roja había sido su primer amor. Los personajes femeninos de Váscenez requerirían un estudio aparte, porque en estos cuentos (al igual que en las novelas) parecen ser los únicos capaces de agencia. Las mujeres son siempre independientes, se desplazan a su antojo, vienen y van, toman decisiones sin interferencia de los personajes masculinos que, aunque igual sean consecuencia del desplazamiento, se hallan en una especie de marasmo, detenidos en el espacio y el tiempo. Van de los viejos cuartos de sus hoteles o casas a bares a encontrarse con otros amigos, conversan, dialogan sobre la infinita monotonía de los días, pero poco *hacen*. Igual me ocurre al leer «Corrupción o la fama de un poeta», en donde Renato Bulver sigue su destino hasta volverse criminal, *entregado al fatum* de vivir, a la fatalidad autoimpuesta, si se me permite. Jimena no. Jimena no se deja besar, lo rechaza. Gloria María parece dispuesta, pero igual se va cuando le da la gana. O lo intenta. Bulver lo impedirá, pero hay algo de dejarse vivir por la vida en su cruel acción final que se repite en otros relatos del libro.

Así en el redondo *Café Concert*. Félix Gutiérrez, el fotógrafo, es apenas el vehículo para la libertad de Gipsy Rodas. Un retrato que representa la posibilidad de salir, de huir, de no quedarse. Porque estos personajes masculinos se resignan con pesadez a quedarse e, inmóviles, se autoinmolan. La obra de Javier Váscenez ejerce una fascinación entre los escritores de mi generación por varias razones. Por un lado es el último de una larga estirpe de *raros* (esos de los que hablaba Darío) en su país, entre quienes se reconoce a Pablo Palacio como uno de los más conspicuos. Por otro, se trata de un escritor cuyas tramas poseen una atmósfera intelectual (*El viajero de Praga*, a la cabeza) que a otros escritores fascina. Su generación —la de quienes empiezan a publicar en los ochenta, él mismo con *Ciudad Lejana*— no es ya el Boom, cuya estela explosiva los oculta, pero tampoco pertenece a esa ola de renovación de los nacidos en los sesenta, con *McOndo* (de Paz Soldán y Fuguet) como bandera. En medio de dos estallidos, los contemporáneos de Váscenez han tenido muchas veces

que conformarse con un destino literario que no corresponde ni a la calidad ni a la importancia de sus obras. Sin embargo las historias de la literatura se reescriben y reacomodan muchas veces, la biblioteca cataloga y descataloga con menos capricho que el mercado, si se quiere, y estoy seguro de que Javier Vásconez será un referente obligado de la literatura latinoamericana de la segunda parte del siglo xx (con Ribeyro, Abelardo Castillo, Guillermo Samperio como seguros compañeros, de distintos países y décadas, que volverán a leerse). En literatura no hay canon y repertorio porque los lectores son los ejecutantes.

De pocos escritores latinoamericanos se puede decir que son dueños de un mundo propio. Javier Vásconez ha creado libro a libro (del magnífico *El viajero de Praga* al claustrofóbico *Jardín Capelo*, y ahora con su última novela, *Hoteles del silencio*) un universo singular y anómalo. Sus personajes están siembre buscando. Buscan a otros, se *desplazan* incesantemente. No sólo de continente, también de contenido, si se me permite el juego. Son lo mismo desterritorializados que descorporeizados. Su juego de doble atadura los arroja al vacío y los llena, paradójicamente, de sentido. Mueren, como en *Hoteles del silencio*, esa excepcional novela, varias muertes en su intento por desvanecer sus identidades al tiempo que las ganan de nuevo, trastocadas. Hay algo *fuera de foco* en ese mundo curioso de Vásconez, que lo mismo recurre al género menor (de la novela de aventuras a la de espionaje) que a las referencias culteranas con enorme contenido dramático. Sus personajes siempre guardan un oscuro secreto. Con este último libro algo nos queda claro ya: Javier Vásconez es un clásico.

Algunos personajes encarnan, además, ciertas visiones del autor. La visión del mal, por ejemplo, en el cruel rencor Roldán, detestado por el viejo Coronel, desplazado de la finca y del campo a la ciudad. El mismo Roldán que está presente desde los primeros cuentos y que reaparece en «Un resplandor en la ventana» e incluso, nos dice su autor, en la novela que está escribiendo estos mismos días en que se publica esta antología. J. Vásconez, otro personaje de los cuentos —no un escritor, no el narrador, sino

un oscuro cronista que trabaja en un periódico, aunque tenga algunos libros publicados que coincidan con los del autor del libro—, es quien afirma: «escribir es igual que fabricar una cadena. Inventamos historias, escribimos la vida de los otros porque nadie está satisfecho con la que le tocó enfrente». Con Pablo Palacio, su compatriota, Vásconez parece decirnos en sus libros: «Quiero entenebrecer la alegría de alguien. Quiero perturbar la paz del que esté tranquilo. Quiero deslizarme calladamente en lo tuyo para que no tengas sosiego». Pienso que lo monstruoso es también un espacio de confluencia, un relámpago que se vuelve constelación, como diría Benjamin. Es una irrupción y una interrupción en los discursos dominantes y las categorías que los rigen. Gracias al monstruo, o a Roldán, nosotros quedamos desplazados para siempre de la concepción lineal y unívoca de la vida. Lo que antes era una cadena de acontecimientos es ahora una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina. Como el ángel de la historia de Benjamin —y como bien apunta en su gran monografía sobre lo monstruoso Mabel Moraña—, el monstruo moderno está en lucha contra el huracán del progreso, contra las concepciones de la historia como avance lineal y necesario. Dice Foucault en sus clases del Collège de France de 1974 que el monstruo es «aquél que viola la ley (y que) la deja sin voz». Se apoya en un principio de inteligibilidad que aunque ilumine zonas de lo real, como afirma Moraña, continúa siendo oscuro, indescifrable: «una autorreferencialidad impenetrable que mantiene el sentido final de lo monstruoso inaccesible para la razón». Y sin embargo, en Vásconez, lo monstruoso es también una atmósfera, una vida. Un destino. De allí que necesite ciertos elementos de la literatura conjetural, de lo policial. Un misterio arranca entonces la narración del destino de la literatura policial, particularmente aquella que inició Edgar Allan Poe con *Los crímenes de la Calle Morgue*. El problema es que vivimos tiempos no policiacos —en el sentido detectivesco—, sino solamente persecutorios. Las Erinias que cuidan el único orden cósmico que parece quedar —el de la defensa del Estado y sus poderes que, por ser cada vez más parciales,

aspiran a absolutos— atajan y cercenan al hombre y condicionan sus narraciones. Antonio Tabucchi concibió su novela *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro* como la narración de la lucha de los personajes por quebrantar un cierto tipo de destino: aquel que en mayor o menor medida la *Grund Norme* (Gran Norma) nos ha impuesto a todos. Sin embargo, la suya no es una novela de tesis, precisamente porque romper nuestros lazos con la *Gran Norma* implica pequeñas dosis de inocencia y desconcierto. La novela de Tabucchi, por otro lado, es ejemplar en cuanto al *suspense*: los hechos ocurren sobre una construcción policiaca que bien podría caber en la clásica *Série noir* de Gallimard. Se trata de descubrir a un culpable y después demostrar los cargos a los que se debe someter. Bajo esta telaraña donde participan lo mismo un abogado sabio que un viejo gitano enfermo de la próstata, subyace lo que Ricardo Piglia consideró la semilla de la novela moderna. Para él, el *Discurso del Método* sería la primera novela moderna porque no sigue las huellas de un personaje, sino las huellas de una idea. Por debajo de la intriga en Tabucchi, como en Chandler, persiste una idea moral. Como en Leonardo Sciascia también, quien escribió que la confesión de una culpa por parte de quien no ha cometido el delito establece el circuito de la legitimidad judicial. En Javier Vásconez no hay relatividad moral, claro que no. Hay un recurso a lo *noir* por atmosférico pero también por lo que revela de la inexorabilidad del destino.

Escribir la vida de los otros. He allí el gran empeño de Vásconez desde *El viajero de Praga*. La vida de los desplazados, los exiliados, los recludos en el pasado, que es otra forma de exilio. Y es el querido doctor Kronz protagonista o personaje de muchos cuentos también de este libro. Me fascinó sobre todo «El jockey y el mar», porque me permitió reiterar mi argumento sobre el *factor* Vásconez. Kronz recuerda Praga, pero no se deja caer en la nostalgia. «Podía incluso aceptar el fracaso y la soledad, el sufrimiento diario, pero no estaba dispuesto a admitir aquella creencia tan extendida entre algunos de sus pacientes de que la desgracia es una forma de redención». El doctor Kronz no está dispuesto,

como la mayoría de los personajes masculinos de Vázquez, a la resignación de la inacción, manifestación total de sentirse *redimido* por el fracaso.

Dice Martin Amis —el novelista inglés autor de *Campos de Londres*— en su memoria *Experiencia* que antes cada hombre llevaba una novela adentro —yo acotaría, una saga siempre familiar— pero que hoy, en este mundo locuaz, verborreico, mediático, todo hombre o mujer lleva dentro una memoria, no una ficción. Esa memoria les parece a quienes se la cuenta —o a sus posibles lectores— auténtica, ejemplar, una verídica crisis del corazón. Nada, entonces, puede competir con la experiencia hoy en día, tan incuestionablemente individual, democrática y liberal. La experiencia es lo único que compartimos en igualdad, y todos tenemos una noción de ello. Nos rodean, entonces, casos especiales, vidas contables en una atmósfera de celebridad universal. Algo que como escritor me parece una preocupación central. Muchas veces me han preguntado si lo que he escrito en un cuento o una novela me ha ocurrido en verdad. Sin embargo, para quienes utilizamos la experiencia —o las inconscientes fusiones de las experiencias— pareciera que no nos podemos identificar con un héroe literario hoy porque no hay heroísmo ni épica posibles en nuestros días. Así las cosas, nadie lee novelas con inocencia ni se cree esa esencial trampa ficcional. Antes se leían novelas porque nuestro mundo era ancho y ajeno, insuficiente, hoy se leen memorias porque se considera que una vida, toda vida es autosuficiente. ¿No estaremos glorificando la banalidad?

Los personajes de Vázquez no parecen ser literarios, de allí su enorme verosimilitud. Son verdaderos. Podríamos encontrarnos al salir del bar, regresando a sus soledades nocturnas. Y son todo menos banales, aun en sus fracasos. Hay algo de Juan Carlos Onetti aquí —parodiado, por cierto, con gran gracia en uno de los cuentos de Vázquez—, pero no hallo el nihilismo de un Larsen, ni el cinismo de Juntacadáveres. Los personajes de estos cuentos y de las novelas de Javier no son ideas encarnadas, son seres humanos que respiran con nosotros, que sufren con

nosotros, que fracasan estrepitosamente con nosotros. Y nuestra empatía con ellos no nace de la compasión, que los alejaría, sino de la sensación de que son nuestros semejantes. Decimos salud con la cerveza que se le ha calentado al doctor Kronz, chocamos nuestra copa con él. Miramos hacia fuera del bar, contemplamos la derrota de lo real y decidimos no llorar, para qué carajo llorar.

Boston, febrero de 2018.

Invitados de honor

Thecla teresina

Pasan los años, cariño, y con el tiempo
nadie sabrá lo que tú y yo sabemos.

VLADIMIR NABOKOV, *Habla, memoria*

1

Nunca se supo cuándo se había instalado en el barrio, ni cuándo vino por aquí. Al término de una tarde de sábado, tanto el pintor Pachay como la propietaria de una tienda de abarrotes lo vieron cuando se disponía a cruzar la calle. Era de estatura media, muy pálido, con el cabello ralo y canoso en las sienes. Tenía las piernas demasiado delgadas para la corpulencia de su cuerpo y se desplazaba con dificultad, empujado por el viento que lo embestía por la espalda.

Durante un tiempo lo vieron ir y venir por el barrio. Aquel hombre atendía la papelería hasta que el cielo se inflamaba de rojo. Alguien comentó que después recibía a los clientes que iban a venderle especies raras de mariposas. Tanto en la tienda de abarrotes La Espiga como en otros lugares de la ciudad llegaron a cobrarle aprecio y empezaron a confiar en él, hasta que un buen día desapareció, después del matrimonio de Zulema.

En la parte delantera de su casa, situada a pocas cuerdas del colegio, había una araucaria cuyas ramas se alargaban por encima de la tapia hasta formar un tejido de sombras temblorosas sobre los adoquines de la calle. Más de una noche sin poder conciliar el sueño, Nikolai permaneció tirado en la cama, fumando, mientras el viento sacudía los árboles del jardín. En cierto sentido amaba su pasado y cultivaba con verdadero deleite algunos episodios de su infancia. Aún podía recordar la ocasión en que su padre tomó su cazamariposas y volvió sosteniendo entre el índice y el pulgar una magnífica ninfa rusa. Con el mismo aire ausente y afanoso, el ruso iba todas las mañanas a La Espiga, donde se reunían algunos

jóvenes a tomar cerveza. La señora Ripalda se movía con dificultad, mientras ordenaba cada objeto en las estanterías. Era flaca, reseca, con las mejillas pálidas y olorosas a ungüento medicinal.

—¿Está contento en la casa? —preguntó con un suspiro, sin quitarle los ojos de encima una mañana nublada.

—Poco a poco la voy arreglando —replicó—. En el segundo piso está el dormitorio. Ahí puse un sofá donde me siento a tomar té y a leer. Abajo está la papelería. ¿Qué más puedo pedir?

—Bueno, aquí tiene sus cigarrillos —señaló la señora Ripalda.

—Tanto humo para nada —dijo el ruso retirando la cajetilla del mostrador.

—¿Todavía sigue con las mariposas?

—Señora, eso no se puede dejar. Es tan contagioso como el vicio de los cigarrillos —repuso.

Hacia el fondo, con una cerveza en la mano, creyó advertir la figura de un joven melenudo apoyado contra la barra. Al entrar vio sus ojos oscuros, expectantes, que se posaban con ironía en los suyos. En su mano izquierda relumbraba un anillo en forma de serpiente, y usaba casaca de cuero con amplios faldones y cinturón con hebilla de plata que le colgaba con desgana a los costados.

La camisa era de raso, de fondo negro, adornada con peces azules y rojos que contrastaban con la vestimenta convencional de Nikolai.

El joven charlaba animadamente, agitando el vaso de cerveza mientras cruzaba las piernas enfundadas en un ceñido pantalón rojo. Al ver tanta desfachatez, Nikolai lo saludó con una leve inclinación de cabeza. Advirtió su gesto cínico y burlón, sobre todo cuando se llevaba los dedos manchados de pintura a los labios rematados por un bigote. En realidad, creyó haberlo visto antes en algún punto de la ciudad.

—Anda, viejo, dame un tabaco —le dijo.

No respondió, simplemente prendió un cigarrillo sin mirarlo, frunciendo el ceño con indiferencia. El joven rió con una risa petulante, sonora, encogiéndose de hombros, como si le cos-

tara respirar, y sus labios se curvaron en una mueca de desdén. No sabía si le divertía o fastidiaba aquel joven, pero le ofreció un cigarrillo. Afuera el sol reverberaba sobre los muros blancos de las casas. Por unos instantes Nikolai se quedó fumando bajo el dintel. A esa hora no había nadie en la calle, hasta que una muchacha se detuvo en la acera, observando con un parpadeo asombrado, incesante, a quienes se hallaban dentro del local. Al entrar, su perfil se disolvió en la penumbra y, poco a poco, fue tomando forma y se estabilizó hasta que sus pupilas cobraron vida animadas por una alborotada alegría. Tenía el pelo corto y lo primero que a Nikolai le llamó la atención fueron las medias blancas de hilo enrolladas sobre las pantorrillas. Moviéndose con soltura, como si empujara con sus pechos la tela blanca de la blusa, la muchacha se precipitó agitando un cuaderno en la mano y diciendo con inesperada violencia:

—No, no quiero ir a ese concierto.

Al verla gesticular, sacudiendo las manos delante de la repisa de los refrescos, Nikolai comprendió que esa muchacha podía ser el preludio de su perdición y le sobrevino una especie de sudor frío.

—Tienes que tranquilizarte —dijo el joven, lanzando el cigarrillo fuera del local—. ¿No vas a saludar al señor?

La muchacha lo miró con una sonrisa inesperada, casi infantil.

—¿Y por qué? Supongo que nos va a acompañar esta noche al concierto —dijo acentuando su ironía al mirar la calva del ruso.

«¿Adónde?», hubiera querido saber Nikolai sin arriesgarse a decir nada. Vio que su descaro se transformaba en pudor. Había alargado su mano para saludarla. La muchacha era esquiva, y a la vez tierna y de una belleza tan evidente como misteriosa. Tenía los ojos un poco rasgados, perplejos, que despedían el mismo brillo de dos guijarros recién sacados del agua. De vez en cuando se volvía con aire pensativo y se quedaba ausente, sin decir nada, como si mirara a través de un espejo dentro de ella.

A menudo el ruso subía por una calle empedrada hasta el colegio de las niñas. Allí se detenía a examinar con nostalgia la gran puerta de hierro. Al otro lado de una valla de alambre, en un solar donde crecía impunemente la maleza, estaba el colegio de la Virgen de Fátima. Nikolai no conseguía apartar su mirada de las pantorrillas de las chicas cuando avanzaban con la pelota por la cancha en un impetuoso partido de baloncesto. A pesar de haber empezado a olvidar la incertidumbre de los primeros días en Londres y Berlín, cuando habitaba los tugurios de algunos emigrados rusos, absorbido por la convivencia con su esposa, no podía olvidar la mañana de junio en que se aproximó pedaleando en su bicicleta Enfield hasta las márgenes del río Oredech, donde solía cazar mariposas. A la distancia vio a Polenka, la hija del cochero, surgir arqueándose con la corriente del río. Mojada, jadeante, protegiendo sus pechos desnudos del viento, Polenka le había sonreído con un destello de amable burla en sus ojos de color avellana, una sonrisa capaz de perforar su sueño y devolverlo con un sobresalto a la vigilia.

No pensaba demasiado en ella, pero creía que podía estar sola o quizá muerta. Ante sus ojos tenía la sombra de esa niña en su recuerdo, con la cabellera hundida en el río, esa sombra que había alimentado su dolor y seguía clavada eficazmente en su memoria.

Esa mañana, antes de abrir la papelería, Nikolai había tomado dos tazas de café en la cocina. Con aprensión asistió al desigual combate de dos moscas que embestían contra el frasco de mermelada. Cuando acabó el desayuno bajó a la papelería. Al poco rato sonó la campanilla. Escuchó unas pisadas y fue como si la humedad de la lluvia hubiera entrado con la muchacha desde la calle. La vio detenerse con expresión atrevida y haciendo balancear la falda azul del uniforme en sus caderas, como si siguiera el compás de una música interior. A Nikolai le costaba renunciar a

la floración de ciertos recuerdos. Le bastó ver los ojos de Zulema, como un mirón detrás de una cerradura, para que retornara el recuerdo obsesivo de Polenka.

—En serio, no quise ofenderle —dijo la muchacha intimidada, bajando los ojos hasta el alfiler de su corbata.

—Entiendo, soy amigo de los jóvenes —replicó—. ¿Cómo te llamas?

—Zulema.

—Bonito nombre, de origen turco —comentó—. Yo me llamo Nikolai. ¿Te gustan las mariposas?

—No sé mucho de ellas —dijo arrugando la nariz con una sonrisa.

—Ya te enseñaré yo —dijo el ruso.

Mientras calentaba agua para el té, admitió que nada sería más sugerente que mostrarle el mundo de las mariposas y por eso le contó que casi todos los domingos salía al campo. Trajo entonces unas galletas y también le ofreció caramelos de menta en un plato floreado. A las mariposas por lo general las cazaba en los valles cercanos a la ciudad, agregó introduciendo el borde de una galleta en la taza. En un día soleado, si no había amenaza de aguacero, incluso se aventuraba hasta la selva de Santo Domingo. Empezaba el viaje al amanecer, llevando un canasto con vino, una botella de agua, sánduches de jamón y queso, y un frasco con dulce de guayaba. Iniciaba la excursión en busca de cualquier mariposa que con sus destellos bruñidos le alegrara el espectáculo de la mañana. Tanto en la entrada de un bosque como en la ribera del río solía quedarse hipnotizado por la presencia de los volcanes, le dijo gesticulando sobre la taza de té, y confesó que en el terreno de las emociones pocas cosas superan a la excitación de un cazador. «Hay un instante en que uno está rodeado de silencio —aclaró, volviéndose con gravedad hacia ella—, sobre todo si la mariposa está posada en un matorral. Tampoco hay que dejarse engañar por la lentitud de sus movimientos, pues su cuerpo está visiblemente poseído por una suerte de musicalidad o de melodía. Con el tiempo aprendí a mirarlas sin fervor y para

localizarlas recorría los lugares más insólitos. De ese modo asimilé el difícil arte del disimulo y de la paciencia. En cuanto aparecen, es necesario recobrar la calma, ya que de inmediato se despierta un sentimiento compulsivo, desmedido, semejante a la pasión de un jugador. Una mariposa es libre y va imponiendo su rumbo y su belleza sobre el entorno del paisaje. Puede escaparse —continuó, simulando lanzar la red para cazarla—. Tenía que correr detrás de ella, evitando que se perdiera en el ascenso hacia la copa de los árboles. Pues hacía mucho que codiciaba esa especie en particular», concluyó.

A través de los años recordaba el impulso que lo llevó a explorar las márgenes devastadas del río a lo largo de cinco o seis kilómetros. En las orillas podía discernir el perfume inconfundible de ciertas mariposas, que variaba según las especies. Unas despedían un olor de vainilla, o de limón, y en otras se adivinaba un aroma dulzón que no era fácil de definir. A Nikolai le agradaba revivir esos momentos, conservarlos entre los tallos de una orquídea en su memoria. Pero nada le producía tanto placer como insertar la punta de un alfiler en la corteza del tórax hasta que los espasmos del insecto se volvían cada vez menos frecuentes.

—Es increíble, yo no conozco esos sitios —confesó Zulema apenada—. Pachay dice que en el campo no hay nada interesante. Sólo vacas, borregos y pueblos abandonados.

—¿Nunca has hecho un viaje con tus padres?

—Si no están trabajando, se quedan viendo televisión —gruñó Zulema entornando los ojos—. A mí me parecen de lo más aburridos.

—¿Qué hace tu papá?

—Es dentista. En una revista leí que los dentistas se enloquecen antes de los cuarenta, por el ruido de los taladros. A papá le faltarían tres años —se rió—. Y mi mamá trabaja de contadora en El Globo. Usted es ruso, ¿no?

—Soy un desterrado —declaró—. Sí, soy de San Petersburgo, ¿y tú cómo lo sabes?

—Pachay me lo contó. Dice que usted debe de ser espía o maricón, porque vive solo.

—Quién sabe, a lo mejor soy las dos cosas, jovencita.

—No soy jovencita —protestó.

—¿Cómo dices que se llama...?

—Pachay —replicó—. Y es pintor de cuadros.

Al cabo de un momento, sin atreverse a abrir la tapa de la vitrina, Zulema se detuvo con admiración frente al mueble de madera oscura, y se puso a contemplar la impresionante colección de mariposas, cubriéndose la cara con las manos. A un lado había un armario más pequeño con puertas de cristal corredizas donde Nikolai conservaba algunos ejemplares recientemente obtenidos.

—¿Cuántas mariposas tiene?

—Muchas, muchas...

—¿Todas?

—No, eso es imposible.

—¿De dónde vienen? —preguntó—. Por ejemplo, esa que tiene manchas rojizas en las alas...

—De todas partes —le indicó el ruso a sus espaldas—. De cualquier llanura, del fondo de los bosques o del interior de una selva. De la región costera, donde armonizan con el color del mar.

—Nunca me han gustado los insectos —dijo mientras se retiraba un poco hacia la ventana—. Pero esto es diferente. Son como pinturas ambulantes. A Pachay le encantarían por sus colores.

—Una mariposa, si está resuelta a sobrevivir, puede imitar la manera de volar y también el color de algunas aves —prosiguió Nikolai—. Es probable que al principio sea un fogonazo, una mancha casi invisible, hasta que un día levanta el vuelo dejando atrás una estela refulgente, amarilla o quizá turquesa en el aire. Esa se llama *Thecla teresina*, vulgarmente denominada Azulina. Es una especie muy rara. Cuesta dinero. Mejor dicho, cuesta mucho dinero. Y es originaria de la Amazonía.

—¡Qué pedazo de belleza! —exclamó Zulema, extendiendo una mano—. ¡La quiero sólo para mí! O esa con rayas negras y blancas que parece una cebra voladora, aunque tiene la máscara de un tigre.

—Se llama *Arawacus leucoyna*.

—¡Qué nombre tan raro! —dijo—. ¿Quién las bautiza?

—Un entomólogo o un cazador. Y llevan el nombre en latín.

Nikolai se inclinó sobre la vitrina y la abrió con cuidado. Miró dentro de ella y se limitó a menear la cabeza. Luego introdujo la mano y retiró el alfiler que sujetaba la mariposa a un pedazo de cartulina.

—Podría ser tuya... —dijo sosteniendo la mariposa entre el pulgar y el índice.

¿Alguien podía resistirse? Conteniendo la respiración, no lograba desviar la vista hacia otro lado. Zulema se defendió sonriendo con desvergüenza. Dudó por un momento y se sintió un tanto indecente, pero tuvo una sensación de pudor y de gozo cuando la muchacha se inclinó sobre el aparador y un botón de la blusa cedió, dejando al descubierto los tirantes gastados del sostén. Un sudor frío le recorrió los párpados al fijar sus ojos en los vellos rebeldes de su nuca. «¿Aún estás ahí?» Parecía haber algo entre ellos, pero Nikolai no se atrevía a dar el primer paso, hundiendo las manos en los bolsillos a la vez que trataba de calmar a la bestia que se agitaba con cada movimiento de la niña. «¿Todavía sigues ahí?», se dijo advirtiendo que el corazón de Zulema latía desbocado por el miedo.

3

Sí, solía escribir artículos especializados en revistas científicas. Además hablaba bien el español, sin acento, utilizando con precisión las palabras. Su colección de mariposas prolijamente catalogadas contenía ejemplares de la mayor parte del mundo. Al descubrir que una ciudad de los Andes poseía un paisaje ideal para cazar mariposas, tomó la decisión de trasladarse a ella. Lo hizo con la misma devoción de quien va a cumplir una tarea científica. Al principio no reparó en que estaba en otra ciudad, y sólo cuando la señora Ripalda le puso ante sus ojos una serie de productos exóticos, en un español a veces indescifrable, de vocales cerradas, comprendió que se había mudado. En esa época, cuando recién llegó, residía en un hotel cerca de La Alameda. Habían pasado tres años desde que abandonó Boston.

Lo principal era entrar en contacto con la Sociedad Entomológica y recobrar su vida de soltero. Al cabo de un tiempo compró una papelería. Ahora se consideraba un afortunado por haber venido a una ciudad asentada al pie de un volcán. Cuando se trasladó de Europa a los Estados Unidos, se afincó en Nueva Inglaterra, pero entre Boston y la ciudad andina no sólo mediaba la distancia, sino un sentimiento de posesión ante las más bellas y raras especies del mundo. Era difícil explicar lo que sentía frente a cada una de esas mariposas, y se le hacía agua la boca al ver un ejemplar de la mariposa Monarca o de la escurridiza *Greta oto*.

Así pues, un sol debilitado por el invierno se arrastraba tembloroso por el cielo. Un autobús lo llevó al aeropuerto. Aprentando el maletín con el dinero, miró el denso vaho que opacaba la ventana. Durante el trayecto se inició el ritual de la culpa (experimentó una extraña sensación en el pecho, como si fuese a adentrarse en un túnel). Ahora iba pensando en la mujer con quien había estado casado treinta años. En cuanto se estableció en Boston, las cosas empezaron a ir mal. Su esposa se sentaba en